

LILIANA ESCLAR
LOS MOTIVOS DEL LOBO

Otra vez la musiquita machacona: «Ratón que te atrapa el gato/ ratón que te va a atrapar/ ratón que si no te atrapa/ mañana te atraparé».

Daniel Parodi duerme su sueño pringoso de borracho y sueña que Zoe lo saluda desde la calesita una vez, otra vez, otra vez y otra vez hasta que ya no está, ya no saluda. Él quiere levantarse del banco y correr pero olvidó cómo hacerlo. No entiende qué pasó en el reverso de la vuelta, en ese segundo que la veía y ya no, mientras la calesita sigue girando, ratón que te atrapa el gato, dejando una estela de sangre y tierra seca.

Y la música. Todo el tiempo la música que ahora va, ida y vuelta, de la pesadilla al sopor de la vigilia que no termina de resolverse. Le pesan los párpados y no quiere soltar el sueño. Quiere dormir, morirse, instalarse para siempre en esa inconsciencia plácida que a veces consigue pero hoy no.

Despierto de golpe, despabilado, entiende que la música que se infiltró en el sueño sale de su computadora. Que alguien decidió arrullarlo con la tonadita que lo persigue desde que mataron a Zoe. Que el Lobo está.

Dos años atrás, él fue el señuelo. La noche anterior, Daniel Parodi y su hija se habían desvelado con la noticia de la caída de un meteorito gigante en una ciudad impronunciable de Rusia, algo que según los entendidos confirmaba el inminente fin del mundo.

Zoe tenía diecisiete años y una pasión morbosa por ese tipo de noticias. Creía en los fenómenos paranormales, los ovnis, la existencia de una conspiración universal y el Apocalipsis, quería estudiar la carrera de Letras y en las últimas semanas se había «convertido» al veganismo, una forma de vegetarianismo extremo que a Daniel, carnívoro consecuente, le parecía una aberración.

Sin embargo ahí estaba, insomne a las cinco de la mañana frente a la heladera abierta llena de tofu, hamburguesas de lenteja y brotes de soja.

Desde la muerte de Patricia —siete meses atrás la habían empujado a las vías del tren para arrebatarle la cartera— que Parodi no podía dormir. Él, criminólogo, jefe del laboratorio de investigación forense de la Policía, no había podido cazar al raterito que había matado a su mujer.

Había hecho que Fabián, ese prodigio de las computadoras de sólo veintidós años, un adolescente lleno de granos y complejos que se le quedó pegado del curso de criminología que dictó cinco años atrás y es como un hijo, destripa cuadro a cuadro el video de seguridad de la estación de Belgrano. Había visto las imágenes

tantas veces, que podía recordar la secuencia sin errores: Patricia en el extremo del andén que va a Retiro ve aproximarse el tren hacia el paso a nivel de Juramento, mira la hora y después hacia atrás, como si esperara a alguien. En ese momento, una persona —¿un hombre joven?— entra en la imagen, le arrebató la cartera y Patricia cae hacia las vías boca arriba, como quien se tira en un colchón de agua.

A las siete y media, todavía sin dormir, se lavó la cara y los dientes sin mirarse al espejo y fue a llevarle a Zoe el desayuno a la cama. Siempre lo había hecho para «sus dos chicas» y después de la muerte de Patricia lo había seguido haciendo para su hija. Para mimarla y, también, porque sin ese ritual no tendría por qué ni para quién levantarse.

La mañana del día que iba a morir, Zoe se despertó feliz. Iba a anotarse en la facultad.

Cuando salió del cuarto, Daniel la miró y fue como cuando la veía jugar: se había vestido y actuaba una urgencia eficiente «de universitaria». Había desmontado todos los gestos de nena, como quien saca las muñecas de los estantes.

Le ofreció llevarla pero no, claro que no. En cambio, le dio las llaves del auto e impuso, él también, el rol de viejo canchero y despreocupado que nunca había sido.

Hacía calor y se había quedado dormido en el sillón, arrullado por el ruido del ventilador de techo mientras esperaba a Zoe.

Despertó con el filo de un cuchillo en la garganta. Podía ver las gotas de sudor y sentir el olor de la transpiración de su verdugo, ridículamente enmascarado —pensó— como un ninja criollo. Daniel repasó mentalmente todos los movimientos que debería hacer para llegar a la cocina, al estante donde guardaba su arma, pero no contó con que tenía quince kilos de más y todos en la panza. Cuando intentó incorporarse, el ninja lo noqueó de un golpe en la sien.

Lo que siguió en esas horas que parecieron días fue una rutina de tortura meticulosa en la que Parodi no tuvo, no pudo tener, ni siquiera la posibilidad de descontar el marcador con una trompada. El hombre no hablaba, no decía quién lo había mandado ni por qué.

Lo había atado por las muñecas con una sogu que después izó hasta dejarlo colgado.

Parodi estaba molido a golpes, apenas podía abrir los ojos, que empezaban a hincharse; la lengua era un pez globo contra la mordaza. El ninja lo había pateado, escupido, cortado y a él lo único que se le ocurría pensar era que así colgado seguro parecía una piñata.

No iba a matarlo. Nadie se cubre la cara para matar. Parodi tomó nota del tatuaje que asomaba del antebrazo de su torturador —algo así como una esvástica deformada— y pensó que era cuestión de aguantar hasta que terminara.

No había entendido nada.

Horas más tarde, cuando Zoe entró y lo vio colgado de la viga como una piñata, él entendió que ya no habría tiempo para nada y que era —iba a ser— víctima por efecto transitivo: un «asesino a tu hija para que te mueras vos» inapelable como un balazo en la cabeza.

El verdugo lo había molido a palos y ahora esperaba justo eso: que Zoe entrara así como entró, liviana y sin presentimientos. Que abriera esos ojos verdes que tenía, desorbitados de sorpresa y de miedo. Que lo mirara a él:

—Papá, qué pasa...

¿Cuánta desesperación entra en un segundo?

Parodi quiso gritar «salí de acá, andate», pero no pudo nada. La mordaza le anudaba la lengua y fue un segundo, o tal vez menos: su hija giró la cabeza y a lo mejor, ojalá, no llegó a ver cómo brilló el filo antes de cercenarle el cuello.

Zoe se inclinó hacia él como un muñeco oscilante, los pies firmes en el piso, y golpeó con la frente la panza de Parodi.

Cuando cayó —y Parodi juraría que pudo oír cómo crujía la frente de su hija contra el piso— el verdugo saludó con una inclinación de cabeza y salió tarareando: ratón que te atrapa el gato/ ratón que te va a atrapar/ ratón que si no te atrapa/ mañana te atraparé.

Lo que siguió fue el derrumbe, una demolición día tras día y piedra tras piedra de todo lo que alguna vez él fue o tuvo, que es lo mismo.

Estuvo internado tres semanas en un limbo de morfina. El ninja le había quebrado los dos brazos, la nariz y un par de costillas. Tenía un pulmón perforado, la cara reventada y varios dientes menos. Lo había destrozado a conciencia, cuidadosamente, para romperlo sin matarlo, pero a él le dolía otro dolor.

Era —intentó explicarle a Ernesto— como si le hubieran sacado toda la piel y estuviera cayendo en un pozo interminable y tan estrecho, que su cuerpo en carne viva raspaba contra las paredes mientras caía.

Ernesto, el viejo, no se movió de al lado de la cama en los veintitrés días. Se había retirado de la Policía «cuando las cosas se pusieron bravas», en el 76, y desde entonces mal llevaba una librería especializada en espías, detectives y buenos autores en general, sin best sellers ni novedades. Todo un éxito.

Era lo más parecido a un padre desde que los de Daniel murieron en un accidente en la ruta 2 volviendo de Coronel Vidal, treinta años atrás. A Martín Parodi, que también se había retirado de la Policía, se le había metido en la cabeza que era un buen negocio criar conejos. Los habían chocado de atrás y el Valiant en el que viajaban se despistó y dio tres vueltas antes de terminar con las ruedas girando en el aire.

Nunca encontraron al culpable ni a los conejos.

Cuando Parodi salió del hospital no tenía a quién llevarle el desayuno a la cama ni por qué levantarse. O vestirse, o trabajar, o seguir vivo.

Ernesto fue con él al departamento. Olía a cloro. Los de limpieza de escenas habían hecho un buen trabajo pero, aun así, la sangre de Zoe había dejado vetas negras en la madera del living.

Daniel miraba el parquet descolorido desde la puerta, sin entrar. Estaba encogido, como si tuviera que agacharse para pasar por el marco.

—No puedo.

Era la casa que habían comprado con Patricia. Ahí habían comido su primera cena de casados, un picnic de pizza en caja de cartón porque no tenían ni muebles, ni platos, ni cubiertos. Ahí había llevado a su beba recién nacida y se había desvelado con la primera fiebre. Ahí había vuelto después de enterrar a su mujer, pero ya no. No podía volver a vivir ahí.

El viejo no insistió. Dijo «esperame en el bar» y amontonó en dos bolsos la ropa de Parodi. Cuando terminó, cerró la puerta y podría haber tirado las llaves por la ventana. Daniel no volvió nunca más. Meses más tarde, cuando terminaron los trámites de sucesión, aceptó la primera oferta que le hicieron y malvendió el departamento con muebles y todo.

En 2005, la «Librería Policial» —un nombre que, según el mismo Ernesto admitía, era muy «piantavotos»— había cambiado a «Negra y Criminal»: un homenaje a la hermosa librería catalana y un intento, fallido, de atraer más clientes.

Era una construcción de 1900 con piso damero, techos altísimos, una enorme mesa central donde se apilaban «los recomendados de Ernesto» y estanterías en todas las paredes. En una de ellas, un riel sostenía la escalera con ruedas para desplazarse por los estantes superiores «como en *Funny Face*», decía, orgu-

lloso, el viejo. Aunque la película, con un Fred Astaire demasiado viejo para la librería Audrey Hepburn, decía también, era «un bodrio».

Detrás del local, dividido por un tabique, había un cuarto con dos escritorios de chapa gris, una máquina de escribir Underwood de los años treinta y cajas apiladas de la colección «Rastros», «El Club del Misterio», algunos «Séptimo Círculo» repetidos y otros libros sueltos.

Más allá, a la derecha de la oficina, empezaba «el aguantadero»: un pasillo en el que se alineaban baño y cocina mínimos y, al fondo, un dormitorio de dos metros y medio por dos en el que apenas entraban la cama, un ropero de una puerta y la mesa de luz con un velador de pantalla rosada que, cuando se encendía, hacía que todo el conjunto luciera aún más deprimente.

Daniel se instaló en el aguantadero «por un tiempito y después vemos» pero el «vemos» nunca llegó, o llegó poco: la Underwood fue a la librería, a decorar uno de los estantes, y fue reemplazada por una computadora que, a su vez, vino atada a Fabián, el genio adolescente que lo acompaña desde que fue su alumno.

Dos años después, el tabique que separaba la oficina de la librería está empapelado con noticias de diario, anotaciones hechas en fibrón, fotos... pistas que lo deberían llevar al asesino de su hija y, también, a quien dio la orden.

Parodi sale del aguantadero y atraviesa el pasillo.

En la computadora de la oficina, el video del gato y el ratón está programado en un loop al infinito: no termina de terminar y vuelve a empezar, el gato que persigue al ratón, lo toma y lo suelta, lo enloquece pero no lo mata.

Toma el cable de la computadora y tira con fuerza. «Qué buena cosa es el silencio», piensa. Y llama por teléfono a Quaranta:

—Hola, Quaranta. Soy yo... No creo que haya nada, pero ¿podés mandarme a los de laboratorio?... Sí... Estuvo acá —dice. Y corta.

No hay que explicar demasiado. La doctora Diana Quaranta es la titular de una de las fiscalías en lo Criminal y Correccional Federal más complicadas del país. Pero cuando Parodi la llama a las seis de la mañana y le pide que vaya, ella va porque, sobre todo, son amigos.

Ella estuvo ahí la primera vez, cuando los de la Federal lo descolgaron de la viga como a una piñata y él pudo al fin abrazar a su hija muerta.

Se conocieron hace doce años, cuando ella era secretaria de un juzgado criminal y el nombre de él ya sonaba como uno de los peritos forenses más serios y confiables. Esa mañana, y porque sobraba o faltaba un papel en un informe, terminaron puteándose a los gritos en el hall central del Palacio de Tribunales mientras la estatua de la Justicia extendía sus brazos en un infructuoso gesto apaciguador.

Y hubiera terminado todo así, pero un pasante que volvía del almuerzo le fue con el cuento del escándalo al juez. El doctor Araujo los convocó en su oficina, como un director de escuela a los alumnos, y los encerró en el cuartito polvoriento donde se acumulaban los expedientes a «que no salgan hasta haber resuelto sus diferencias o se maten —dijo—. Ustedes verán».

Y vieron. Ese día se insultaron hasta que olvidaron por qué habían empezado a pelear, y después se rieron.

Años más tarde, cuando la vida les pasó por encima con una topadora y ya no hubo de qué reírse, siguieron acompañándose de cerca, como si nunca hubieran salido del todo del cuartito de los expedientes.

—No hay nada. Ninguna huella. —Cabrera, el forense, se quita los guantes como quien se saca un moco y le entrega la computadora empolvada de grafito a Fabián—. Todo tuyo.

A él, a Parodi, ni lo mira:

—¡Qué raro!

Y Cabrera contesta, todavía sin mirarlo:

—No empieces, Parodi... No jodas.

La rivalidad entre Cabrera y Parodi tiene tantos años, que ya ni se acuerdan que alguna vez fueron casi amigos, cuando ambos estudiaban criminalística en el universitario de la Federal. Después, como en el bolero, la vida los separó: Cabrera hizo un par de peritajes dudosos, omitió —por estupidez, desidia o dinero— datos determinantes para el resultado y, cuando lo convocaron para una segunda evaluación, Parodi lo cocinó vuelta y vuelta: redactó un informe pormenorizado en el que destacaba los fallos de procedimiento de Cabrera, agregó una nota en la que escribió que «los errores son tan groseros, que sólo es dable atribuirlos a un boludo o a un hijo de puta. Cualquiera sea el caso, se recomienda desestimar el peritaje anterior», y firmó al pie.

—Entran a mi casa, cargan un video, salen... y, según vos, no hay nada. La próxima les voy a pedir que dejen una tarjeta. A lo mejor así los encontrás.

Parodi tiene ganas de agarrarse a piñas con alguien y el forense, con la grasa acumulada pesándole en el culo y alrededor de las caderas como un muñeco tentetieso, es el candidato perfecto.

Cabrera mira la librería de literatura policial que no vende nada, la oficina mugrienta y el aguantadero, con la cama deshecha al fondo, las botellas indicio de una noche tan mala como todas, y casi le perdona la vida, pero no:

—A lo mejor la tarjeta tiene tus huellas, como la computadora. ¿Estás seguro de que entró alguien? ¿Que no te pusiste vos la musiquita para dormir?

Parodi se le va al humo y antes de que Fabián, Quaranta y los otros técnicos logren separarlos le pone dos trompadas bien puestas. Qué menos.

—¡Daniel! ¡Basta! —Quaranta se para entre los dos y los separa como un árbitro de box: cada uno a su esquina.

A Cabrera le sangra el labio, tiene la camisa rota y el orgullo a jirones, pero se recompone y sale:

—La próxima vez que me llame, doctora, que sea una escena en serio. Y si es con muerto, mejor.

Lo dice por Parodi, claro. Pero Daniel ya está con Fabián en la cocina. Se acaba de poner los anteojos y examina los nudillos despellejados de su mano derecha mientras sostiene un vaso de whisky con la izquierda como un Marlowe con presbicia, desaliñado y panzón.

—¿Querés?

Fabián ni contesta. Son las siete de la mañana y al pibe se le escapa un gesto, mezcla de reprobación y asco. Parodi se encoge de hombros y el whisky le quema apenas la garganta:

—¿Cómo se hace? ¿Cómo hicieron estos hijos de puta para meterme el video en la máquina?

Fabián es el experto, el «hacker», porque se puede meter con la computadora en cualquier lado, leer correos, averiguar un saldo de banco, quién le mandó qué cosa a quién y otras proezas inverosímiles, pero a Daniel, que no entiende nada de esas cosas, lo que más le sorprende es que escriba sin mirar el teclado, «mezcla de José Feliciano y Ray Charles», dice Parodi.

—Si hay un dispositivo remoto, no lo encontré... Lo cargaron desde esta máquina. —Eso implica, ambos lo saben, que el Lobo o su gente estuvieron ahí, tal vez en la misma cocina donde están ellos ahora. Que lo vieron dormir. Que le pusieron la musiquita para despertarlo.

—¿Hicieron algo más? ¿Buscaron algo?

—Todavía no vi pero...

Fabián no llega a contestar. La que interrumpe es Quaranta, hecha una furia:

—¿Qué tenés en la cabeza, Parodi? ¡¿Hago venir a los forenses a las seis de la mañana y te agarrás a piñas con Cabrera?!

—Es un pelotudo. ¿Querés?

Quaranta mira el vaso que le extiende Parodi y no decide si es una ofrenda o una provocación. Por las dudas elige la provocación y se ofende:

—No es un pelotudo. O sí. Pero lo necesitamos. Yo lo necesito.

—Vos necesitás alguien que piense. No un forro que llene formularios.

—¿Qué sabés vos de lo que yo necesito? —Diana cuenta dos, tres, cinco botellas vacías mal estibadas en un tacho de basura que no se vacía vaya uno a saber desde cuándo. Mira a Parodi, casi excesivo con un whisky a las siete de la mañana, toma aire y sigue:

—Vos necesitás, por empezar a hablar, un cambio de vida. Y ya que estamos, de analista. Nunca entendí para qué vas.

—No te metas con eso. Ni con él, ni conmigo...

Es ridículo que Daniel Parodi defienda a su psicólogo porque todos saben que lo considera un tarado. Se lo impusieron en el trabajo cuando pasó lo de Zoe. Era, le dijeron, condición sine qua non para conservar el empleo. Y aunque de todas maneras lo echaron a patadas, «pase a retiro», él sigue yendo casi todas las semanas porque no tiene energía para decirle «no vengo más» y porque, además, las veces que dejó de ir sin decirle el licenciado Marcos Setton fue a la librería a buscarlo.

Quaranta sigue despotricando aunque él hace rato que no la escucha. Se colgó recapitulando las últimas sesiones, la sugerencia de que «tal vez quizá por qué no lo pensás deberías ir a un grupo» y Setton no tiene huevos para decirle las cosas de frente mientras Quaranta sigue:

—Claro, pero vos te podés meter con todo el mundo, ¿no? Mirá, yo...

Quaranta habla pero Parodi no la escucha. Está en lo suyo. Piensa y dice en voz alta:

–Por qué mierda sigo yendo a lo de Setton.

–¿Qué?

–Qué qué.

–Qué dijiste.

–Nada. No dije nada. –Dice Parodi. Vuelve a llenar el vaso y sale de la cocina como si tuviera algo que hacer en otro lado.

Cada día, Daniel Parodi se sienta por horas frente al panel de fotos y recortes de diarios y notas y flechas que lo unen todo, como quien cumple una penitencia. Se queda ahí y espera una epifanía que le revele cuál es la lógica y el organigrama de Los Hijos de Saturno, una multinacional del delito que no le hace asco al narcotráfico, a la trata de personas, al asesinato, a la falsificación... a nada.

A veces, cree tener una intuición. Entonces se levanta y cambia una foto de lugar, garabatea una notita o dibuja otra flecha pero enseguida vuelve a sentarse, otra vez en penitencia.

Parodi espera una revelación que le explique quién es el Lobo –ese contorno vacío en la cima del panel, una cabeza que todavía no tiene nombre ni cara–. Y por qué se ensañó con él.

Adelante, en la librería, acaba de entrar un cliente.

El «llamador de ángeles» de la puerta –esa mariconada de cañas de bambú que suenan cada vez que alguien entra y que Parodi rebautizó «el tocador de pelotas»– saca a Parodi del trance. Piensa que tal vez debería levantarse e ir a atender pero Ernesto, el viejo, ya encaró por asalto al cliente, un tipo que seguramente entró por error o a guarecerse de la lluvia que hace tres días castiga Buenos Aires.

—Ya sé: Policiales pero no tanto. —Ernesto semblantea al hombre como un prestidigitador de feria, lo arrincona y le pone dos libros en las manos: *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco y *A sangre fría*, de Truman Capote. Antes de que el cliente pueda reaccionar, el viejo abre *El nombre de la rosa* de memoria y señala divertido:

—Fíjese cómo se llama el detective... el cura.

Se lo dice como quien pasa una contraseña, un guiño para entendidos, pero el cliente no se entera de nada. Ernesto aclara, entusiasmado:

—¡Guillermo de Baskerville!

El cliente sigue mirando la hoja impresa con cara de vaca pero Ernesto no se desanima. Alienta y trata de estimular, como un docente exigente y entusiasta:

—¿Cómo se llama uno de los libros de Conan Doyle? ¿La serie de Sherlock Holmes?

Ernesto insiste, pero el hombre se ahoga en el inmenso mar de la ignorancia hasta que el viejo le tira un salvavidas:

—¡El sabueso de los Baskerville!

El cliente toma el libro sin entusiasmo y lo abre en la última página: «stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus».

—Pero esto está escrito en... ¿En qué? —pregunta. Y lo devuelve, como si el libro y su jergonza fueran a contagiarle algo.

—En latín. Stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus. «De la rosa sólo queda el nombre desnudo.» Quiere decir que...

Desde la oficina, lo último que escucha Daniel es un portazo. Y el tocador de pelotas, que sigue sonando un rato.

Parodi sonríe. Ernesto es, era, el mejor amigo de su padre. No conoce a nadie que sea tan buen tipo, tan culto, derecho y horrible para vender.

—Sos horrible como vendedor, viejo.

—No. Ellos —dice Ernesto, y señala al cliente que huyó de la librería pero todavía intenta cubrirse de la lluvia bajo el techito de la vidriera—, ellos son burros y son horribles comprando.

Parodi mira al fugitivo que se moja de espaldas a la vidriera y está tentado de ponerle fichas al viejo, sólo para divertirse. Decirle, por ejemplo, que tipos como esos compran libros de autoayuda o manuales de autosuperación pero Fabián, que entró cuando el burro salía y ya está enchufado a la computadora, lo llama con alarma desde el fondo:

—¡Daniel!

En el minuto, los escasos veinte pasos que median entre la librería y la oficina, la pantalla de la computadora se llenó de malas noticias. «Ventanas», dice Fabián mientras teclea:

—Entraron en la computadora... Otra vez.

—¿Qué sacaron? —Daniel es, y se jacta de eso, de la era preinformática. Para eso lo tiene a Fabián.

—No sacaron nada. Entraron y leyeron... Otra vez.

Daniel no entiende cómo puede saber si alguien entró y leyó pero no piensa preguntarle porque corre el riesgo de que el sabihondo le conteste. En cambio dice:

—¿No puede haber sido Ernesto...?

—No. La última entrada es de hoy... Y ésa sí es remota. Desde otra computadora, en otro lugar.

—¿No podemos saber desde dónde? —pregunta Parodi. Apenas lanzada, la frase se transforma en una estúpida pregunta retórica. Nunca pueden.

—Entraron, limpiaron y salieron... Podemos instalar un cortafuego pero...

—Pero van a volver a entrar. —Daniel no sabe qué es un cortafuego ni cómo se entra, se limpia y se sale pero sabe jugar al gato y al ratón. Entiende el juego:

—Dejaron lo suficiente como para que sepamos que lo vieron... ¿Qué leyeron?

—Unas notas de Ernesto. Si buscaron alguna otra cosa, no quedó rastro... No sacaron. Pusieron.

Fabián teclea a velocidad de concertista y la pantalla de la computadora se ilumina con el resplandor grisáceo de una foto fija.

—Plantaron esto —dice Fabián y, cuando hace clic, el video empieza a correr. Tiene la textura propia de las cámaras de seguridad. Son nueve imágenes, un tablero de nueve cuadraditos fechados al pie con lugar, día y hora: Penitenciaría de Buenos Aires, 14 de febrero de 2016, 05.52 AM. El día del segundo aniversario de la muerte de Zoe.

Ocho minutos después, a las 06.00 AM, dice el video, una mujer joven entrega un papel con un escrito en una ventanilla de la oficina de registro.

—Zoom in. Mirá —dice Fabián. Lo que quiere decir es que la cámara se acerca al papel y ellos pueden leer que la mujer, la doctora Malena Sanz —leen—, presenta una orden del juzgado para liberar a un procesado; que el preso se llama Hugo López: el asesino de Zoe. Veinte minutos después, otro cuadradito de video muestra cómo se abren las puertas de la penitenciaría. Un auto espera al preso en la calle.

Parodi, inmóvil, ve cómo Hugo López busca la cámara de seguridad, hace una reverencia y un corte de manga en el que destaca, a la altura del antebrazo, el tatuaje que identifica a Los Hijos de Saturno.

Fabián congela la imagen en el corte de manga que, para más datos, termina con un provocador «fuck you» con el dedo mayor.

Lo dejaron libre... Soltaron a Hugo López, el asesino de su hija, y Daniel Parodi no sabe qué sentir porque siente todo junto. Apela a la última, ridícula esperanza:

—¿Es un montaje? ¿No puede ser que lo hayan hecho...?

—No... parecen... son las cámaras de la penitenciaría —dice Fabián, y es como si encendiera un detonador.

Parodi se balancea atrás y adelante como hacen los locos. Rumia con las mandíbulas apretadas un odio sibilante, un mantra:

—Hijos de puta... hijos de puta... hijos de puta... ¡hijos de puta!

Ciego de dolor, barre con todo lo que hay en el escritorio. La computadora cae destrozada al piso pero a Parodi no le alcanza.

Tiene que romper, tiene que destrozarlo todo hasta que esto que duele tanto no le duela. Tiene que salir a encontrar al Lobo y matarlo despacio. Tiene que poder hacer algo.

Ernesto, trepado en el último peldaño de la escalera, a la altura de *Zodiaco*, la novela de Robert Graysmith, ve pasar a Daniel como un tifón de libros que desarma las mesas de saldos en su paso hacia la calle.

Diana Quaranta nada en la piscina del club. Tres días por semana, y cuando puede, cuatro, deja la ropa y su cargo en la Fiscalía en lo Criminal de Instrucción en el vestuario. Mientras cuenta las brazadas y toma aire no es la fiscal. Es ella, solamente ella, en el agua, relajada y en paz.

Pero hoy no funciona. Cada dos o tres movimientos se impone el encuentro de la mañana con Parodi. Por eso, cuando lo ve a través de la reverberación del agua y el vapor de la piscina, piensa que se materializó por arte de magia, porque lo ha invocado.

—¡Señor! Disculpe... No puede entrar así... —la empleada chancletea por el borde de la pileta tratando de detener a Parodi.

—¿Así cómo?

Y ella, confundida por la pregunta, asustada, vacila. Contesta como preguntando, le deja a Daniel la última palabra:

—¿Con zapatos?

Los zapatos vuelan por encima del agua y van a dar a centímetros de la cabeza de Quaranta. Parodi la espera en el borde.

—¿Así está mejor? —pregunta. Pero la empleada optó por retirarse. A lo mejor está llamando a la policía pero a Daniel no le importa. Sólo le interesa una cosa:

—¿Cuándo me lo pensabas decir que soltaron a López? Y yo como un pelotudo mirando el videíto del gato y el ratón. ¿Por qué no me dijiste? Podría haber ido...

—No ibas a llegar, Daniel...

—Tendrías que haberme dicho...

Parodi y Diana están sentados en el bar de la pileta. Son las tres de la tarde y en ese lugar está prohibida la venta de alcohol pero él toma un vodka porque nadie se animó a negárselo. Descalzo, las medias gastadas dejan entrever el talón y amenazan con romperse en los dedos. Hace calor. La camisa se le pega al cuerpo y Daniel transpira el sudor acre del alcohol. Quaranta quisiera acariciarle la mano, abrazarlo y prometerle que ya va a pasar. Quisiera consolarlo como se consuela a un ogro bueno pero él está muy lejos, donde sea que esté el Lobo.

—Ahora está suelto. El que mató a Zoe está suelto y puede ir por Ernesto o por... —Daniel reprime. Estuvo a punto de decirle a Quaranta «por vos», pero reprimió y ahora reclama con el mismo tono inapelable con que pidió el vodka—: Necesito los datos de la mina que lo liberó a López, esa Malena Sanz que figura en el escrito, el auto en que se fueron, la dirección que dejó el detenido Y el hábeas corpus. El original.

—Parodi, sabés que no puedo...

Diana Quaranta va a seguir argumentando pero Daniel llama a la empleada que se acerca temerosa, señala el vaso vacío:

—Otro.

Por un segundo, la pibita quiere oponerse. Cree que debe, pero no se anima. También Diana se quiere oponer a lo suyo pero Parodi la interrumpe antes de que pueda incluso terminar de pensarlo:

—Lo necesito, Quaranta.

Y no se sabe si habla de los papeles o del vodka.

—¿«La silla del diablo» es muy fácil? —Ernesto mira las estanterías para inspirarse y propone una contraseña imposible. Fabián la carga así, toda junta: lasilladeldiablo:

—¿Qué es? ¿Por la película? —La erudición de Fabián llega hasta ahí, hasta las películas de terror y alguna que otra posterior

a los noventa, pero a Ernesto no le molesta. Disfruta de «desasnarlo», admira su talento para las computadoras y le tiene cariño al pibe.

—Es «El escarabajo de oro», el cuento de Poe. Marca la ubicación del tesoro...

—¿Nuestro tesoro cuál sería? —interrumpe Fabián. No tiene paciencia para la literatura y quiere resolver rápido el cambio de contraseña.

—No sé. Lo que sea que buscan... —Ernesto tiene ochenta años y veintiséis de policía: del 48 al 76. Es demasiado viejo y tiene demasiada experiencia como para no saber, pero no sabe. Hasta lo de Zoe, nunca antes se había topado con un Mal tan consistentemente malo, tan impiadoso y sin fisuras—. Los malos cambiaron, pibe. Son como esas máquinas tuyas: están en todas partes, pueden hacer cualquier cosa y no se entiende cómo funcionan.

—Es el juego del gato y el ratón, ¿no? El juego no es atrapar al ratón. Es volverlo loco.

Fabián es lo que los modernos llaman un «multitask» o, como solía decirse antes de la última invasión inglesa, un pibe capaz de hacer más de una cosa a la vez. Puede tipear en la computadora, conversar con Ernesto y, cuando la pantalla pide confirmación: «¿Está seguro de que quiere borrar el video?», puede cancelar la orden y decidir que el video se queda.

A las seis de la tarde de este día que no tendría que haber empezado, Parodi lleva tomados tantos whiskys y vodkas como para perder la cuenta. Llega ileso de milagro a dar su curso en la Escuela de Criminología, ese huequito que le hicieron en la Federal más por lástima que por convicción cuando se pudrió todo y tuvo que retirarse.

Cuando entra a la clase con los zapatos chorreantes en la mano, descalzo y con los pies mugrientos, los veintipico oficiales

hacen silencio de golpe. Siempre tiene el aliento que tienen los que toman mucho y seguido, pero es la primera vez que se presenta borracho.

Se para, solemne, frente a la clase alelada:

—Alumnos... Futuros criminólogos... Señoras y señores... —dice, y le causa mucha gracia su propia introducción. Sin embargo, intenta componerse—: Hoy van a aprender algo muy importante. Muy importante —sigue. Sabe que tenía que decir algo fundamental, como suele decirse, pero no se acuerda qué era. No sabe cómo llegó hasta ahí, al frente de todos esos pibes que lo miran con cara de vaca encandilada... ¿O era liebre?

—Aguanten un cachito. Lo tenía anotado por acá...

Parodi rebusca en sus bolsillos como si tuviera un apunte que no tiene. Va poniendo sobre el escritorio pañuelos, servilletas de bar, volantes de publicidad, tickets de compras, una petaca, basura... Hasta que encuentra. No el apunte, que nunca tuvo. Encuentra la idea fundamental que debe transmitir a sus alumnos:

—Señores: ustedes van a trabajar para la justicia. Y la justicia, señoras y señores, es una reverenda mierda.

Al día siguiente, a las once de la mañana, Parodi se despierta con una resaca de campeonato y algunos retazos del día anterior mal prendidos a la memoria.

Lo último que recuerda es que el muchachito sentado en primera fila del aula tenía la boca abierta y una hilera de caries arregladas con plomo. Después, nada.

Se arrastra como puede a la cocina —un anafé y una bacha tan roñosos como todo, al lado de la piecita donde duerme— y empieza a preparar su menjunje «curativo»: una mezcla de bicarbonato con aspirinas y limón que, de momento, no hacen más que aumentar las náuseas.

Está completando el «tratamiento», unas gotas de limón en los ojos, cuando el teléfono empieza a sonar. A Parodi se le par-

te la cabeza, le arden los ojos y no hay quien atienda. Por eso, cuando levanta el auricular, ruge:

—¿Quién es? —Y enseguida, por el limón en los ojos—: La puta madre.

—Buenos días también para vos, Parodi. Soy Quaranta.

A Diana le cuesta la brusquedad de Parodi. No espera que de pronto se convierta en un caballero, que nunca fue, pero le gustaría que volviera a ser como era antes de la muerte de Zoe, cuando intercalaba cada tanto un «cómo estás», un «por favor» o un «gracias».

—No es con vos. ¿Qué pasa?

—Averigüé lo que me pediste: el hábeas corpus y quién es la mujer que liberó a Hugo López. Es secretaria del juzgado...

Parodi encuentra una birrome y anota en la puerta de la heladera: Malena Sanz, Juzgado 6... Ya tiene el nombre y la foto de la mina que liberó al asesino de Zoe... Y la heladera arruinada a rayones, pero eso no importa. Cuelga sin decir «gracias».

La doctora Sanz sale de Tribunales con todas sus cosas en dos bolsos y muchas ganas de llorar. El encargado de seguridad, que hasta el día anterior le hacía bromas y alguna insinuación más o menos inocente, la trató como a una criminal. La obligó a vaciar la cartera y los bolsos «para asegurarse de que sólo se lleva objetos personales», dijo, y se regodeó con el descubrimiento de un preservativo y el par de medias de nylon que Malena guardaba en un cajón del escritorio, por las dudas se le corrieran las puestas.

Desde que quedó pegada en la liberación del asesino, desde que alguien se hizo pasar por ella y firmó con su nombre un hábeas corpus, su vida es una basura: sumario administrativo, suspensión «hasta que se aclare», como dijo el juez mientras le evitaba la mirada.

Lleva una semana dándole vueltas al tema, tratando de entender por qué la eligieron para convertirla en una leprosa a la

que nadie se acerca. Incluso Gastón, secretario de juzgado como ella, cuatro meses de relación y el proyecto de pareja más serio que había tenido en años, le vino con aquello de «no sos vos, soy yo» y la dejó abandonada en la puerta del Lazareto.

Y ahora la certeza de que la vigilan y no hay adónde ir porque la secta de Los Hijos de Saturno es omnipresente y omnipotente, como Dios o el Diablo.

Sale por la puerta de la calle Talcahuano y dobla en Tucumán. Saluda al encargado del estacionamiento y desciende a la cochera como a una catacumba. En el segundo subsuelo sus tacos retumban como en una película de las que dan miedo y Malena escucha, nítidos, unos pasos dispares en contrapunto con los suyos.

Entra al auto e intenta encenderlo pero los nervios y la desesperación la ponen torpe y sólo consigue ahogarlo.

Y en eso está, cuando el hombre golpea el vidrio de la ventanilla con el bastón.